

Pais: **Chile**
Fecha: **2008-05-30**
Medio: **Las Últimas Noticias**

Sección: **Cultura**
Página(s): **48**

Mezcolanza melodramática

¿Puede aplicarse a la narrativa el término “retrofilia”? En rigor, sí, y específicamente a aquella producción que, en sus afanes de citar el pasado literario, termina comida por los fantasmas de sus citas. Es decir, cuando la propia obra se vuelve un refrito de estilos de escrituras en desuso, básico e ingenuo a estas alturas del siglo.

Eso es lo que en definitiva le sucede a Jorge Marchant Lazcano con su más reciente novela, *El amante sin rostro*. La precisión narrativa que el autor demostró en su anterior novela, *Sangre como la mía*, queda aquí reducida a su mínima expresión, en una mezcla de elementos que, sin lugar a dudas, permitiría catalogar su nueva obra como un icono de la imaginación melodramática.

El amante sin rostro es un relato donde lo que más desagrada es el narrador, una figura omnipresente, un testigo absoluto, un empalagoso contador de historias que lo sitúan una y otra vez como el gran señor sabelotodo, culto y sabio e inteligente, que se refocila en dar detalles de Nueva York con un entusiasmo digno de *Lonely Planet*.

Bajo el dominio de esa aborrecible voz se encuentra Matías Reymond, quien viaja desde Chile a la Universidad de Nueva York a realizar un taller literario. Obsesionado con la novela de Augusto D'Halmar *Pasión y muerte del cura Deusto*, Matías se hospeda en la casa de su tía Isabel, casada con un estadounidense de medio pelo, pero exitoso en sus labores de abogado, y se hace partícipe de un dramón digno de alguna franja nocturna televisiva donde se puedan tratar temas puntudos. Así, la novela “le lleva” homosexualidad sacerdotal, pedofilia, lesbianismo, aborto, suicidio, hijos adoptados (que obviamente no saben que lo son) y crítica al conservadurismo chileno.

Marchant Lazcano, siguiendo una progresión básica de corte telenovelesco, tira en las cinco páginas finales toda la carne a la parrilla mediante un e-mail. Éste es el recurso perfecto para hacernos saber que la novela no fue escrita en las primeras décadas del siglo pasado, aunque sin mucho esfuerzo aparecen hermanos literarios como Orrego Luco, Edwards Bello o Amanda Labarca (*En tierras extrañas*, de esta última, narra el periplo por Estados Unidos de un joven universitario de alcurnia). Gran trío, aunque obviamente superado.

No se trata de pedir originalidad literaria, pero sí de romper con el cerco de un estilo narrativo que se agotó hace ya mucho rato. El tema de la homosexualidad posible de Matías y del sacerdote es tratado con un conservadurismo impertérrito, como si la novela –o el propio autor– se mordiera la lengua precisamente en uno de sus ejes, la denuncia. La homosexualidad es expuesta como un secreto de “familia bien”, reducido a lugares comunes, con entrelíneas débiles y poco aportadoras para un debate mayor.

Jorge Marchant Lazcano retrocede profundamente con esta novela que pudo jugar con la oscuridad, la perversión, el doble estándar y la denuncia; sin embargo, se conformó con seguir el camino fácil de la novela estereotipada y pomposa.

El amante sin rostro
Jorge Marchant Lazcano
Tajamar Editores. Santiago, 2008,
297 páginas.